

CONVERSACIONES

SOBRE EL CRISTIANISMO

¿Quién es para usted Jesús?

Si usted me preguntase “¿quién es Jesús?” yo le respondería que fue un judío que vivió en el siglo ... ¡hasta su vida hace referencia a su misma persona!. Pero usted me pregunta “¿quién es para mí?”. O sea, hay un Jesús que vive en la historia y un Jesús que nos interpela a cada uno de nosotros, a mí, a usted, a todos, y ello durante veinte siglos.

¿Y quién es entonces para usted?

Un judío piadoso, un hombre que se sintió llamado por Dios, por el Padre, a realizar una misión y transmitir un mensaje nuevo, una buena noticia. Y como ese mensaje no se conformaba con el judaísmo tradicional, a Jesús se le consideraba un hereje, un predicador peligroso. El Sanedrín lo condenó a muerte como hace siempre la ortodoxia fanática con todos los disidentes. No creó que morir en la cruz sea más bárbaro o más doloroso que ser quemado en una hoguera.

¿Jesús fundó la Iglesia?

Jesús congregó en torno suyo a unos discípulos y les encomendó evangelizar, hacer pública la buena nueva. Pero esa asamblea de fieles al crecer se dotó de unos dogmas, muchos de los cuales solamente cogidos por los pelos emanan del evangelio: ¿pensaba Jesús en la infalibilidad del Papa, el sucesor de Pedro, definida diecinueve siglos después de su muerte? Y la Iglesia acrecentada precisó de una organización, una estructura que ha ido evolucionando con los siglos adaptándose a la historia. En muchas ocasiones esa misma estructura ha sido un caparazón, un corsé que hacía de obstáculo al evangelio. La Iglesia se considera la depositaria de la fe, la única intérprete del evangelio. Ahora bien, cuando el evangelio entra en conflicto con la Iglesia la opción del cristiano es evidente: se queda con el evangelio.

¿Pero no hace falta una autoridad que diga siempre la última palabra? Si cada persona interpreta el evangelio a su modo se puede caer, como ya dijo Bossuet, en las muchas variaciones de las iglesias protestantes?

Los hombres de buena voluntad, de buen corazón, son como los niños. Dios les ha dado a conocer mejor las verdades esenciales que a los llamados sabios. En el siglo XVI se mataba por cosas como la justificación por la fe. Ciertamente la noche de san Bartolomé no fue un buen ejemplo de

cristianismo. Y eso de “engendrado” y “no creado” y lo de “filioque” son discusiones de trescientos barbudos teólogos reunidos en una sala tres o cuatro siglos después de la muerte de Jesús. Si un concilio de los primeros siglos hubiese establecido añadir a la virgen María en la trinidad (¿madre de Dios o madre de Jesús?, que polemizaban los bizantinos) tendríamos cuatro personas. La fe, basada en la autoridad, lo acepta todo o se funda otra iglesia, una secta cristiana nueva. El cristianismo era también una secta judía. Cuando la Iglesia enterraba como apestados a los suicidas, hombres sufrientes y desesperados, detrás de una tapia, algunos cristianos colocaban a Jesús sobre el Papa. Dios no hace distinción entre calaveras, tibias y peronés.

Muchas personas, particularmente los que no son creyentes, distinguen entre Jesús y la Iglesia: admiran a éste y rechazan a la otra. ¿Puede hacerse esta distinción?

La Iglesia, como cualquier organización histórica, tiene sus patologías, sus desviaciones. Los Torquemadas son un cáncer interno de la Iglesia. Pero junto a ellos están los san Francisco. De un lado están los mártires de la fe, los misioneros, y del otro los inquisidores.

Jesús se presenta como el fundador de una nueva religión. El nuevo

testamento sucede al viejo testamento.

Un testamento nuevo no se prolonga en otro sino que lo anula, lo hace inválido. Es muy difícil ver en el Padre bondadoso que predica Jesús a Yahvé, el Señor de los ejércitos que extermina hombres y rebaños. Una tierra prometida conseguida mediante la guerra a los cananeos se parece mucho a una conquista militar. ¿Qué clase de Dios es éste? ¿Dónde está el mensaje de paz? Sin embargo, Jesús aparece trasfigurado junto a Moisés y Elías. Ambos tienen manchadas las manos de sangre, el último degolló a los profetas de Baal. Cuando Jesús está en la cruz junto a dos ladrones, éstos son mejores que dos asesinos. El cristianismo hace hincapié en que Cristo cumple las profecías del Viejo Testamento. No creo que ello sea muy positivo para la buena nueva.

Pero no existe el cristianismo sin el judaísmo ni éste sin Moisés.

Jesús no mató a nadie y murió joven en la cruz; Moisés asesinó a un egipcio y murió viejo en la cama. El único acto violento que se conoce a Jesús es cuando expulsa a los mercaderes del templo movido por la cólera. Los exegetas católicos hacen malabarismos interpretativos para justificar este arrebato, este acto de violencia. Sin embargo, la ira es uno de los pecados capitales. Se dice que Jesús fue en todo hombre salvo en el pecado. Ya es partir con mucha ventaja. Los malintencionados dirían que en vez de ser Hijo del Padre es hijo de papá. Por supuesto, están las tres tentaciones del

desierto, pero cuando se lee el evangelio se percibe que éstas ya están vencidas de antemano. Si Jesús hubiese caído en alguna de ellas no sería el Emmanuel, el Dios con nosotros. Claro está que sería mucho más humano.

¿Y cómo entender la permanencia de Cristo en muchos corazones?

Yo hablaría del “misterio de Jesús”. ¿Qué poder de atracción tiene sobre los hombres? Seamos sinceros: tomemos el reloj y el calendario para medir los sufrimientos padecidos por Jesús. Nada sabemos de sus treinta primeros años. Si tuvo fiebre, indigestión, dolor de cabeza – era hombre al fin y al cabo – ello no forma parte de su misión. Jesús es vejado un día a latigazos, escupido, crucificado durante tres días. Todo ello en una vida de treinta y tres años ¿qué representa? En la historia podemos hallar muchos hombres que movidos por un ideal elevado se pasan años de cárcel, son torturados de una manera horrible y quizás mueren como perros. Pero Jesús, maestro, es superado por algunos discípulos en la duración del sufrimiento. Pensemos en el misionero leonés Llorente: marcha días enteros en el ártico helado, largas distancias, sobre un trineo, soportando temperaturas de treinta grados bajo cero, con los pies y las manos congeladas, amoratadas, sin apenas comer ni beber, y durante años hace esto, y ¿todo para qué? Pues para dar la Eucaristía a media docena de esquimales viviendo aislados de cualquier contacto con la civilización. Llorente ha encontrado a Cristo y esa fe le empuja a tales sacrificios. Éste es para mí el “misterio de Jesús”.

Pero el cristianismo afirma que Jesús, además de hombre auténtico, tiene naturaleza divina. Ahí están sus milagros, los que relatan los evangelios. Ningún hombre realiza milagros.

También Pedro, y los santos, realizan milagros. Por supuesto, en nombre de Jesús. Es curioso señalar que el cristianismo se difunde a veces contra la misma voluntad de Jesús. Éste, después de curar milagrosamente a un enfermo, le dice que se vaya sin contarlo a nadie. Pero el curado milagrosamente corre para proclamar a los cuatro vientos el milagro. Si se hubiese cumplido la voluntad de Jesús se contarían menos milagros. Por otro lado, los “milagros” de Jesús son transmitidos por los discípulos de los discípulos de los discípulos sobre unos hechos transmitidos oralmente y que sucedieron un siglo antes. Ningún historiador aceptaría un testimonio tan frágil o, al menos, lo tomaría con pinzas. El intelectual católico tiene su mente dividida en compartimentos estancos: afirma con la fe lo que rechaza con la razón.

¿Puede existir el cristianismo sin milagros? ¿ No quedaría reducido a una ética?

En primer lugar, el sentido original de “milagro” es cosas dignas de mirar, admirables. O sea, aquello que nos sorprende, lo que no esperamos y

nos parece imposible, increíble. Sin duda, una persona en coma que despertase sería milagroso en una época en la cual la medicina estuviese atrasada. Si el Lazarillo representa la picaresca, la resurrección de Lázaro da ejemplo de las creencias de una época precientífica. Tras la muerte de Jesús se abren las tumbas y resucitan los santos. Debemos concluir que los santos posteriores han perdido ese poder o vivimos en una época donde no hay santos. El cristianismo necesita algunos milagros para que se crea en él, pero no tantos para que no se crea en él. No hay que abusar,

¿El evangelio para usted es una obra falsificada?

Yo no lo expresaría en esos términos. El evangelio tiene sin duda una parte histórica y otra parte “idealizada”. El suceso de la pérdida del niño Jesús tiene todos los visos de realidad. Una fila de peregrinos puede separarse en dos según que unos caminen más rápido que otros. Y también es razonable que José piensa que Jesús va con María y ésta hace lo propio. Cuando descubren su error vuelven sobre sus pasos y descubren a Jesús discutiendo en el templo con los rabinos. No se trata de un niño curioso sino de esos ¿quién nos lo ha conocido? que cree saber y enmienda la plana a los mayores. Flavio Josefo – dejemos de lado la conocida interpolación -señala el hecho en alguna parte: algunos niños dialogan con los rabinos. Entonces José y María recriminan a Jesús por el susto que les hecho pasar y Jesús responde: “¿no sabéis que debo ocuparme de las cosas de mi padre?”. Hasta aquí todo normal. Pero lo significativo es que en el evangelio se añade: “pero ellos no

entendieron lo que decía”. ¡Cómo es posible! ¿No se había presentado antes el arcángel Gabriel a María para anunciarle que daría a luz al hijo de Dios? ¿Y no se había advertido a José “angelicalmente” que no repudiase a María? Y ahora se nos dice que lo han olvidado, “que ellos no entendieron lo que decía”. Esta contradicción no la aceptaría ningún cristiano en un texto profano.

Usted ha hablado del “misterio de Jesús”. ¿No puede hablarse también del “misterio del Evangelio”?

El Antiguo testamento es un libro muy largo, farragoso, solamente los judíos, otro pueblo más, y exclusivo, lo toman junto a los cristianos como Palabra de Dios”. Pero los cristianos, fieles abiertos a todos los pueblos, lo toman solamente como base. Toman lo que les interesa, lo bueno, y rechazan lo que provocaría rechazo. Así en el salmo 59 un católico cantará: “Oh, fortaleza mía, a ti cantaré alabanzas/porque eres, Dios, mi amparo, mi Dios de misericordia”. Ahora bien, ocultará que en el mismo salmo se dice: “Acábalos con furor/acábalos para que no existan más/y sepan que Dios gobierna en Jacob”. Esto podría decirlo hoy un sionista de un palestino, de la vieja Cananea.

Usted ha hablado del voluminoso Antiguo Testamento. Los cuatro evangelios son breves y casi iguales. Sin embargo, han llegado hasta

los confines de la tierra.

El argumento del número y la extensión no tiene validez alguna. A la Meca asiste tanta gente como al Vaticano. El islamismo se extendió por el norte de África y hasta el valle del Indo mediante la cimitarra. El cristianismo fue preparado por las legiones romanas que marcaron su primera extensión. La conversión de Constantino y la promulgación por Teodosio del cristianismo como religión oficial aseguran su predominio. Clodoveo y Recadero con su abandono del arrianismo convierten al catolicismo a toda su nación. Si los jesuitas hubiesen logrado convertir a la emperatriz de China y ésta al emperador, hoy existirían mil millones más de cristianos. En cuanto a América ¿quién puede negar que los arcabuces hicieron tanto como los predicadores?

De las tres grandes religiones del libro solamente Jesús se presenta como Dios.

Sí, Moisés es un hombre que, después de recibir las tablas de la Ley donde el quinto mandamiento dice “no matarás”, provoca una matanza al ver el becerro de oro. Probablemente era analfabeto o muy olvidadizo. Y a Jesús no podemos imaginarlo como Mahoma conduciendo a trescientos guerreros en un ataque a una caravana de mercaderes. Considerado sólo como hombre, Jesús es una figura superior a Moisés y a Mahoma.

Pablo Galindo Arlés

23 de febrero de 2021

